

LAURA GALLEGO

EL CICLO DEL  
ETERNO  
EMPERADOR

montena

Papel certificado por el Forest Stewardship Council\*



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

Primera edición: septiembre de 2021

© 2021, Laura Gallego

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Printed in Spain* – Impreso en España

ISBN: 978-84-18483-54-7

Depósito legal: B-9010-2021

Compuesto en Compaginem Llibres, S. L.

Impreso en

GT 8 3 5 4 7

# Prólogo

La noche en que el Eterno Emperador de Akidavia nació por decimoséptima vez, el cielo estaba claro y las dos lunas brillaban con fuerza, aunque ninguna lucía llena. Era una de aquellas raras noches en las que la constelación de las Hilanderas era completamente visible desde todos los confines del imperio, pero esta circunstancia no tenía ningún significado especial.

El Emperador podía renacer en cualquier lugar de Akidavia, siempre treinta y tres días después de su última muerte. Durante el período intermedio entre una encarnación y la siguiente, conocido como la Larga Noche, todo el imperio estaba de luto. Sus súbditos ayunaban, se cubrían la cabeza y tenían prohibido reír y cantar. El tiempo de las celebraciones solo comenzaba cuando el Consejo proclamaba oficialmente el renacimiento de aquel que habría de gobernarlos durante cientos de años antes de morir de nuevo y reiniciar el ciclo.

Durante la Larga Noche, el imperio akidavo era especialmente vulnerable, de modo que los zaldrim, los guerreros enmascarados del ejército, patrullaban sus fronteras sin descanso para protegerlas de cualquier amenaza exterior. No obstante, Akidavia era cada vez más extensa. Durante el reinado del decimosexto Emperador había sumado dos provincias más, expandiendo sus límites y dilatando el tiempo que se tardaba en alcanzarlos desde la Ciudad Imperial de Armonía, el corazón de la nación.

Por otro lado, dado que Su Divinidad podía renacer en cualquier rincón del imperio y este continuaba ampliándose, podría darse la circunstancia de que aquellos que debían recibirlo no llegasen a tiempo de asistir a su retorno. Las crónicas relataban que esto había sucedido dos veces desde que se tenían registros. La primera, cuando el Augur cometió un error al señalar el lugar en el mapa y, como consecuencia, la novena Emperatriz nació sin protocolo hasta que el Consejo logró localizarla por fin, dos semanas después. La segunda, cuando una tormenta hizo naufragar el barco en el que viajaba la comitiva, incluyendo al Augur, que era el único que sabía con certeza a dónde se dirigían; por esta razón, el decimocuarto Emperador nació y creció ignorado por el mundo en alguna provincia remota, mientras en el corazón del imperio estallaba una revuelta que el ejército tardó varios meses en sofocar. Aquel Emperador no llegó a reinar, porque nunca lo encontraron; solo se tuvo noticia de su muerte prematura catorce años después de su nacimiento, pues fue entonces cuando el siguiente Augur anunció el advenimiento de una nueva encarnación.

En esta ocasión, el nuevo Augur había señalado en el mapa un punto en la provincia de Gratitude, en el continente meridional del imperio. No era la más alejada de la Ciudad Imperial, pero aun así requería una travesía en barco, y las aguas eran traicioneras en aquella época del año.

Por todo ello, y tal como habían previsto, el viaje resultó largo y complicado, hasta el punto de que, cuando la comitiva llegó por fin a su destino, sus integrantes no estaban seguros de haberlo alcanzado a tiempo. Según sus cálculos, aquel era el día en que debía renacer Su Divinidad, pero ya hacía rato que se había puesto el sol.

Se detuvieron en lo alto de una loma a contemplar la pequeña aldea que se extendía a sus pies. A pesar de lo tardío de la hora, desde lejos podía verse una casa que tenía la lumbre encendida.

—Es posible que hayamos llegado a tiempo, después de todo —murmuró el Consejero Kunavamastedal, esperanzado.

—También es posible que nos hayamos perdido —rezongó la Consejera Kalinamanteni, lanzando una mirada irritada hacia el Augur.

Este bajó la vista, abochornado. Sunodavindu era muy joven para ser Augur, pero su predecesor había fallecido apenas un par de años atrás, y él había resultado ser el más aventajado de entre sus discípulos. La mayoría de los Augures se preparaban durante toda la vida para un reto que nunca llegarían a afrontar, pues solo nacía un nuevo Emperador cada mil años aproximadamente. El decimosexto Emperador había llegado a cumplir ochocientos cuarenta y siete. El pobre Sunodavindu había dado por sentado que podría contar con varias décadas para prepararse antes de tener que predecir su renacimiento, y, además, existía la nada remota posibilidad de que ni siquiera le tocase a él, sino a alguno de los discípulos a los que adiestraría cuando llegase el momento.

—Las... las señales parecían claras, excelencia —farfulló.

—Pero este sitio es tan... pequeño y provinciano —se quejó la Consejera.

—El Eterno Emperador no hace distinciones —le recordó Kuvamastedal con severidad—. Para él, cualquier hogar del imperio es digno de acogerlo.

Ella arrugó la nariz y se envolvió aún más en su capa. La ligera túnica que vestía debajo no la protegía bien del frío y la humedad que eran habituales en aquella región.

—Acabemos, pues —murmuró—. Si Su Divinidad ha renacido en una de esas... de esas... sucias chabolas, cuanto antes lo devolvamos al palacio, mejor.

El Consejero optó por no responder a eso. Se volvió hacia el zaldrim, que se alzaba serio y circunspecto sobre su caballo, y le hizo una seña de asentimiento con la cabeza.

Los cuatro descendieron por la senda que conducía hasta la aldea. Guiaron a sus monturas a lo largo de la calle principal, pero no hallaron a nadie. Todas las contraventanas estaban firmemente cerradas, como correspondía al duelo debido a la Larga Noche, que se observaba incluso en rincones remotos como aquel.

La Consejera detuvo su caballo, sin embargo, al localizar a un niño de unos siete años que los espiaba tras una esquina, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué haces ahí, muchacho?

Él dio un respingo y se echó a temblar.

—Nada..., no estoy haciendo nada, señora... Ya me iba... Solo había salido a... a...

Enrojeció. Había salido a aliviar la vejiga, y lo había hecho a aquellas horas porque el hambre causada por el ayuno no lo dejaba dormir, pero no sabía cómo decirlo con palabras que no resultasen demasiado groseras.

—¿Cómo te llamas, chico? —preguntó entonces el Consejero, tratando de tranquilizarlo.

—Reku, señor.

—¿Sabes si alguna de las mujeres de la aldea ha dado hoy a luz?

—¿Cómo?

—Que si ha tenido un bebé.

—Yo... no sé, creo que..., creo que Noli estaba a punto, pero...

Los Consejeros cruzaron una mirada radiante.

—Excelente —aprobó Kunavamastedal, satisfecho—. ¿Podrías indicarnos dónde vive Noli?

Reku inspiró hondo, aún impresionado. No entendía qué era lo que estaba pasando, ni había visto jamás a personajes tan elegantes y distinguidos como aquellos visitantes, con sus ropajes coloridos y sus singulares peinados. Sin duda debía de estar soñando. Eso, o los forasteros estaban muy perdidos y habían llegado a su pueblo por error.

Pero les señaló cuál era el camino hasta la casa de Noli, que vivía a las afueras de la aldea. Antes de volver grupas, el hombre que parecía ser el líder le ordenó:

—Avisa al alcalde de que estamos aquí.

Reku parpadeó.

—¿El... alcalde? Pero ahora... estará durmiendo..., señor —se apresuró a añadir.

No obstante, ellos no se habían detenido a escuchar sus objeciones. Seguros, al parecer, de que el niño cumpliría sus órdenes por inadecuadas que estas parecieran, los visitantes se alejaban ya por el camino que les había indicado.

Reku, sin embargo, dudaba. Aún no estaba del todo seguro de que aquello no fuese más que un extraño sueño. ¿Y si iba y despertaba al alcalde, lo acompañaba hasta la casa de Noli y resultaba que los forasteros no estaban allí? O, peor aún... ¿Y si el alcalde lo reprendía por estar levantado a aquellas horas y lo enviaba de vuelta a casa sin que él pudiera contarle lo que estaba pasando?

Reku no lo pensó mucho más. Para avisar al alcalde siempre habría tiempo, se dijo. Entretanto, quizá sería buena idea averiguar quiénes eran aquellas personas y para qué buscaban a Noli.

Sentía especial curiosidad, además, por el gigante encapuchado que no había hablado en ningún momento. Había algo extraño en él y, si era real y no un sueño, Reku no pensaba volverse a la cama sin echarle un buen vistazo.

El Augur, el zaldrim y los dos Consejeros se detuvieron ante la puerta de la casa de Noli, indecisos. Se oía trasiego en el interior: gritos y sollozos, y una voz femenina, suave pero autoritaria, que daba instrucciones en el idioma local.

Lo cierto era que, a pesar de que habían estudiado a conciencia los tratados, las crónicas y los protocolos, ninguno de ellos se había visto jamás en una situación semejante, y se sentían fuera de lugar. Kalinamanteni volvió a mirar al Augur.

—Si te has equivocado...

—Excelencia —protestó Sunodavindu—, repasé los cálculos y los mapas una docena de veces antes de emprender el viaje...

Un llanto infantil interrumpió sus disquisiciones. Kalinamanteni se cubrió la boca con las manos, emocionada.

—¿Es... Su Divinidad? —susurró.

Dio un paso al frente, dispuesta a entrar en la casa, pero la puerta se abrió de golpe ante ella, sobresaltándola.

Una mujer anciana se asomó con gesto malhumorado y les echó un largo vistazo antes de preguntar en lengua común, con un acento atroz:

—¿Quiénes sois vosotros? ¿Qué buscáis aquí?

Kalinamanteni se envaró, ofendida.

—Somos...—empezó, pero Kunavamastedal la interrumpió con un gesto.

—Déjame hablar a mí —pidió, y ella asintió, reticente.

El Consejero se aclaró la garganta, elaborando mentalmente lo que iba a decir. Existía un discurso protocolario que, por descontado, había aprendido de memoria. Pero las dudas de su compañera habían sembrado la incertidumbre también en su corazón. ¿Y si, después de todo, el Augur se había equivocado? ¿No sería mejor realizar las pruebas pertinentes para asegurarse de que el recién nacido era, en efecto, Su Divinidad, antes de revelar las razones de su presencia en aquella aldea?

—Venimos a ver al bebé que acaba de nacer —informó a la mujer, que supuso que debía de ser la partera—. Hemos de hablar con su madre. ¿Podemos pasar?

Ella volvió a mirarlos con suspicacia.

—Todos, no —ordenó—. Puede entrar solamente uno.

Kunavamastedal abrió la boca para deslizar alguna objeción, pero se rindió ante la evidencia de que la casa parecía demasiado pequeña para acoger a la comitiva al completo. Se volvió hacia sus compañeros.

—Esperad aquí —dijo, y le hizo un gesto de asentimiento a la partera.

La mujer le dio bruscamente la espalda y volvió a entrar en la casa, renqueando. El Consejero dudó un momento, pero finalmente la siguió.

La puerta se cerró tras él.

Reku los observaba desde lejos, prudentemente escondido. Vio al visitante de más edad entrar en la casa de Noli junto a Laya, la partera, y lo vio salir un rato después. El niño se deslizó hacia ellos en silencio, entre las sombras, y se ocultó tras un muro cercano para escuchar lo que decían. Hablaban en la lengua del imperio, que



Reku entendía bien, porque era el idioma en el que se impartían las clases en la escuela. Con todo, los forasteros tenían un acento extraño, casi cantarín, y empleaban un vocabulario muy por encima del nivel del niño.

—Nos vamos —anunció el hombre—. Haremos... —utilizó una palabra que Reku no conocía— en otra parte. Cuanto antes nos marchemos de aquí, mejor.

La mujer no parecía muy conforme.

—Pero los... y la... —Habló tan deprisa que el niño apenas entendió lo que decía—. ¿Y qué le vamos a decir al alcalde?

—Nada —decretó el hombre—. No debe saber que hemos venido.

Se mostraba nervioso de pronto, y con ganas de irse de allí cuanto antes. Reku frunció el ceño, convencido de que no lo había oído bien. Después de todo, ¿no le había pedido el forastero que avisara al alcalde?

—¿Y la partera? —preguntó el joven, inquieto.

—Ella no lo contará. Y tampoco la madre.

La mujer respondió algo, pero Reku no la oyó. Alarmado al ver que, en efecto, iban a marcharse sin que él llegase a entender lo que estaba sucediendo, se arriesgó a asomarse por detrás del muro.

Los extranjeros le daban la espalda, ocupados en desatar las riendas de los caballos. El cuarto miembro de la comitiva, sin embargo, pareció sentir su presencia, porque se volvió bruscamente hacia él, haciendo ondear su capa en torno a su robusta figura. Sus ojos centelleaban con un brillo rojizo en la oscuridad, y cuando se clavaron en Reku, el niño se sintió tan horrorizado que ni siquiera tuvo voz para gritar.

Había oído hablar de los zaldrim, el temible batallón de élite del ejército imperial, pero nunca había visto de cerca a uno de ellos. Sabía que aquellos formidables luchadores poseían poderes inexplicables, y que eran precisamente las máscaras que ocultaban sus rostros lo que los convertía en algo casi sobrehumano. Pero no estaba preparado para vislumbrar la diabólica ferocidad que retrataba aquel

antifaz, de colores estridentes e inquietantes iridiscencias que resplandecían como fuegos fatuos en la oscuridad.

El zaldrim entornó los ojos —Reku pudo apreciar perfectamente que lo hacía, a pesar de que llevaba el rostro cubierto— y dio un paso al frente.

El niño retrocedió por instinto y tropezó con sus propios pies. Aterrorizado, se incorporó como pudo, dio media vuelta y echó a correr sin mirar atrás.

No se detuvo hasta que se halló de nuevo en su cama, oculto bajo la manta. Cuando pudo dejar de temblar, recordó de pronto el encargo del forastero de mayor edad.

Después pensó que, de todas formas, el propio visitante parecía haber cambiado de opinión al respecto, así que probablemente no valía la pena molestar al alcalde por eso.

Un poco más aliviado, cerró los ojos y se propuso firmemente olvidar todo lo que había visto aquella noche. Y si en los años siguientes su memoria llegaba a jugarle alguna mala pasada, él estaría dispuesto a jurar por el Eterno Emperador que todo aquello no había sido más que un extraño sueño.



Día 147, año 16 de la era de Vintanelalandali

Los aroiman, antiguos habitantes de la provincia de Prudencia, dividían las vidas humanas en tres etapas. Durante la primera, que llamaban la etapa del polluelo, el ser humano depende de otros para su seguridad y bienestar, pues no es capaz de valerse por sí mismo. En la segunda, la etapa del tigre, se vuelve libre y autónomo; no depende de nadie y establece relaciones con otros en plano de igualdad, pero tampoco tiene a nadie a su cargo. Por el contrario, la tercera etapa, la de la hormiga, se caracteriza por la responsabilidad: el ser humano es adulto y maduro, pero no es libre, pues debe cuidar y proteger a otras personas que están atravesando la fase del polluelo. Esto les sucede a aquellos que tienen hijos, pero también a quienes tienen a su cargo ancianos o enfermos.

Porque las tres etapas no son sucesivas, y no se desarrollan por igual en cada persona. Los hay que pasan de la etapa del polluelo a la de la hormiga, porque tienen hijos muy pronto; serán tigres cuando sus hijos se independicen, o seguirán siendo hormigas el resto de sus vidas, cuidando de sus nietos o de familiares de mayor edad. Muchos pasan por las tres etapas, pero regresan a la del polluelo cuando envejecen y ya no pueden valerse por sí mismos. Otros son tigres la mayor parte de su vida y nunca asumen mayores responsabilidades. Cada vida humana es diferente.

A pesar de ello, los aroiman elegían siempre a sus líderes entre aquellas personas que habían atravesado la etapa de la hormiga en algún momento de sus vidas. Consideraban que solo aquellos que sabían lo que implicaba que la vida de otras personas dependiese de ellos estaban preparados para asumir la responsabilidad de gobernar su comunidad.

Yo cumpliré dieciséis años la próxima primavera y soy lo que los aroiman denominarían «un polluelo». Y lo seré durante el resto de mi vida, que estará siempre guiada por lo que dictan las normas, las leyes y los protocolos. Nunca podré decidir nada por mí misma. Jamás se me permitirá salir del recinto de este palacio.

Y, no obstante, las vidas de los veinte millones de habitantes del imperio de Akidavia dependen de mí. Personas a las que ni siquiera tendré la oportunidad de conocer. Personas que solo me conocerán por los retratos oficiales que se repartirán en los próximos años por todo el imperio.

Me llamo Vintanelalandafi, soy la Emperatriz de Akidavia y estoy destinada a vivir mil años.